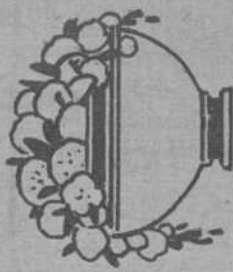


PAGINAS  
EXTRAORDINARIAS  
El Día Gráfico

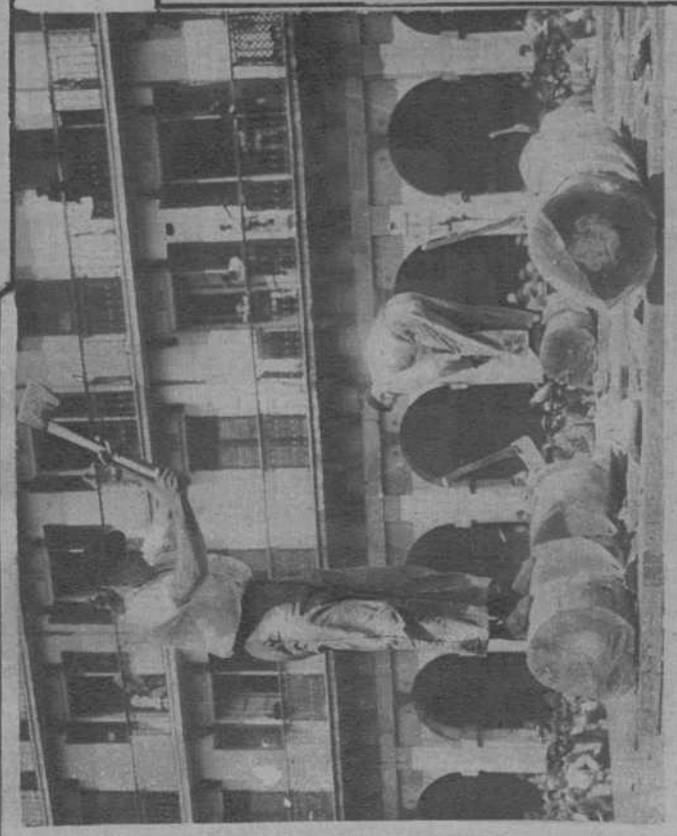
JULIO  
29  
1928

NUM  
120

LA FORTALEZA DE LA  
RAZA VASCA SE DEMUE-  
STRA EN SUS COSTUM-  
BRES POPULARES. UNA  
DE ESTAS, LA PRUEBA DE  
«AIZCOLARIS», ESTÁ RE-  
SERVADA SOLO A  
ATLETAS



Durante los ejercicios

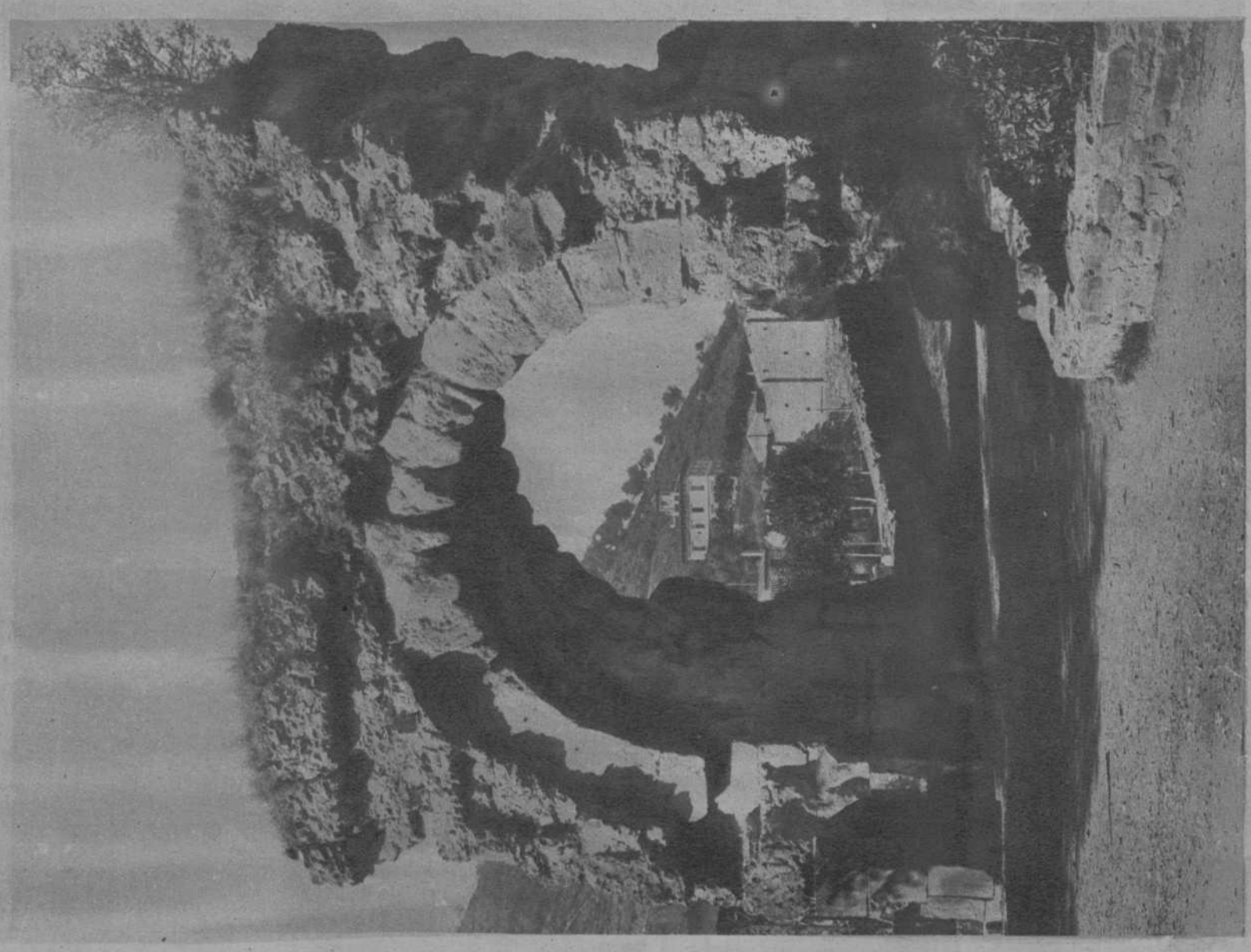


El vencedor en las apuestas de hachas

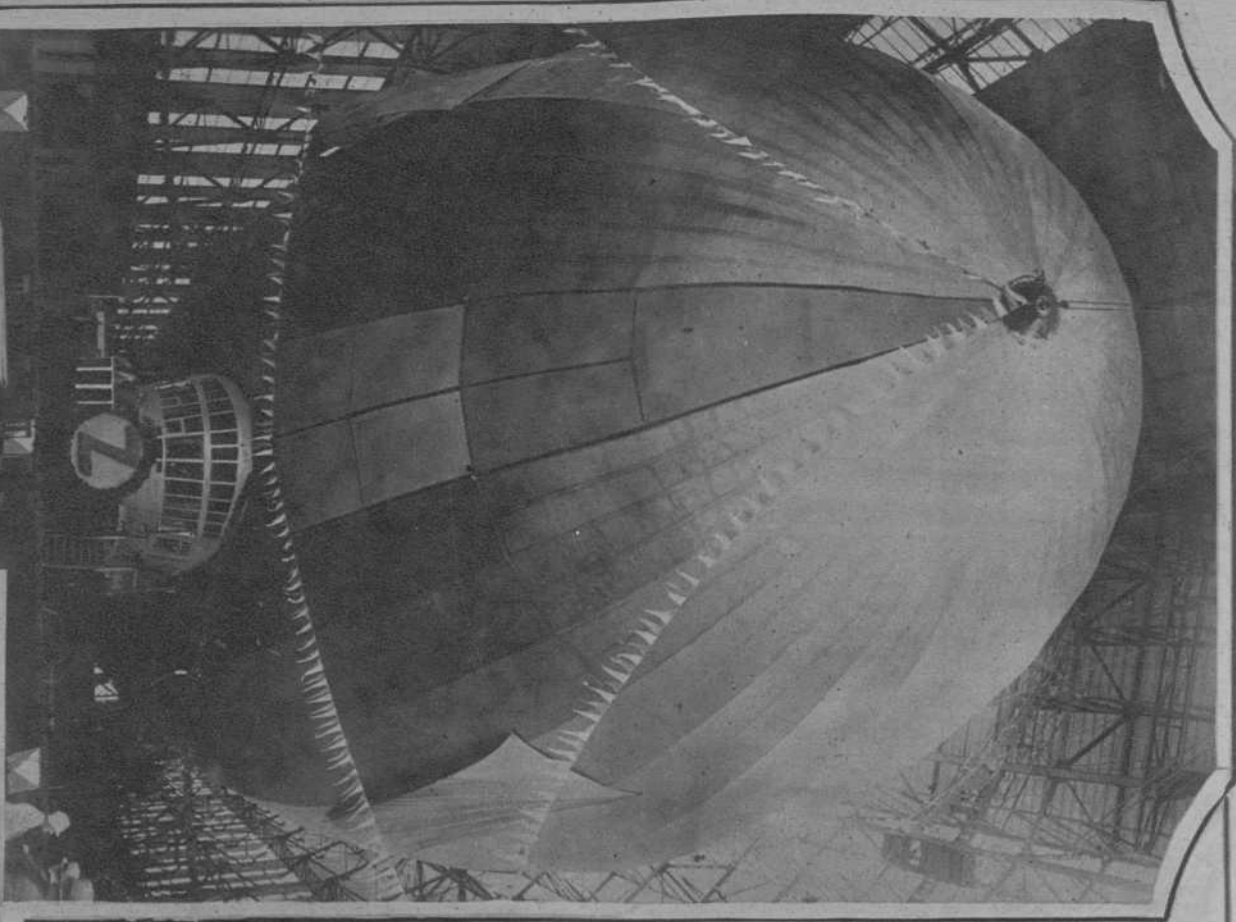


Un forzado concursante (Fots Marin)

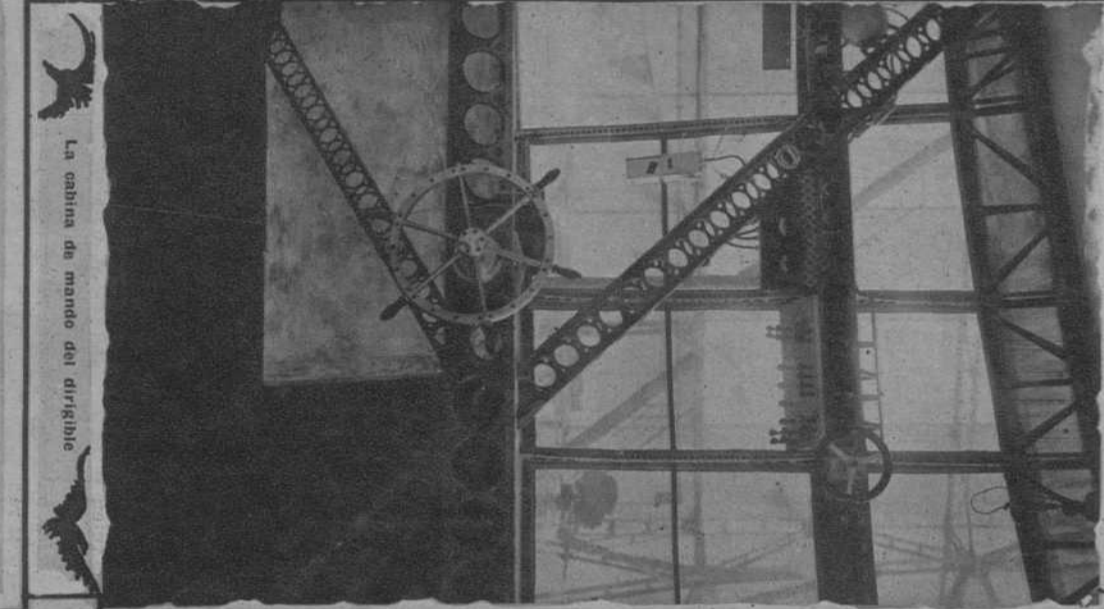
La lucha, en la Plaza de la Constitución,  
de San Sebastián



Arco de entrada al «Pont del Diable», en  
Martorell (Fot. Cano)



EL DIRIGIBLE «GONDE ZEPPELIN», DESTINADO A ATRAVESAR EL ATLANTICO



La cabina de mando del dirigible



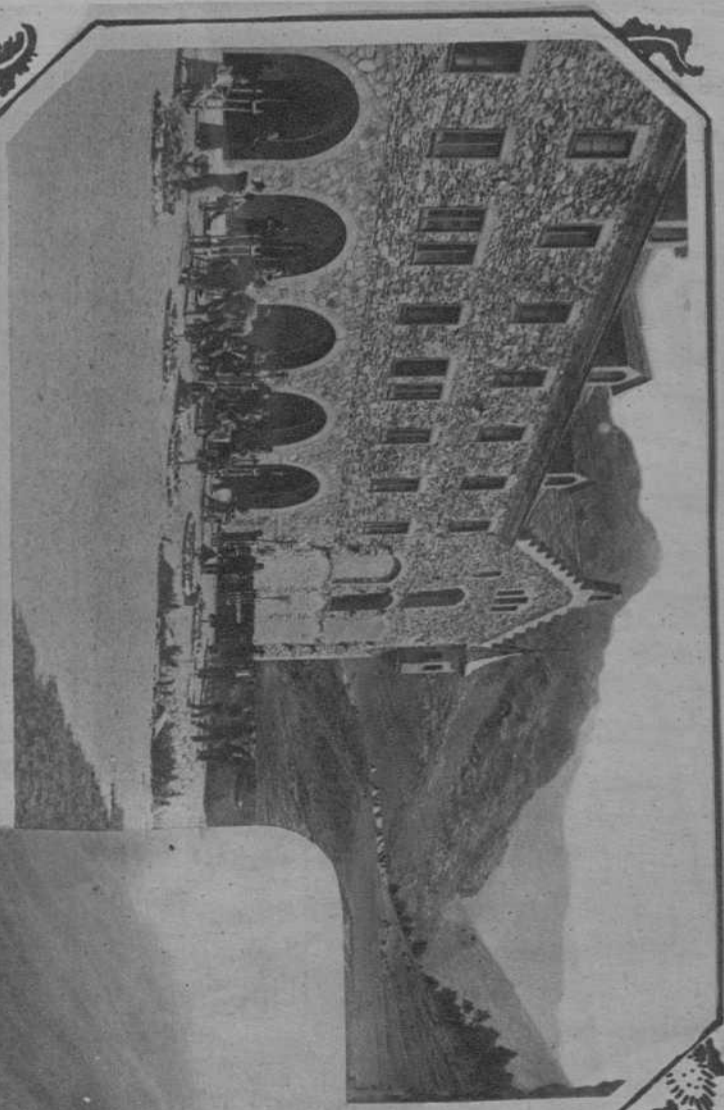
Vista de la grandiosa mooravie



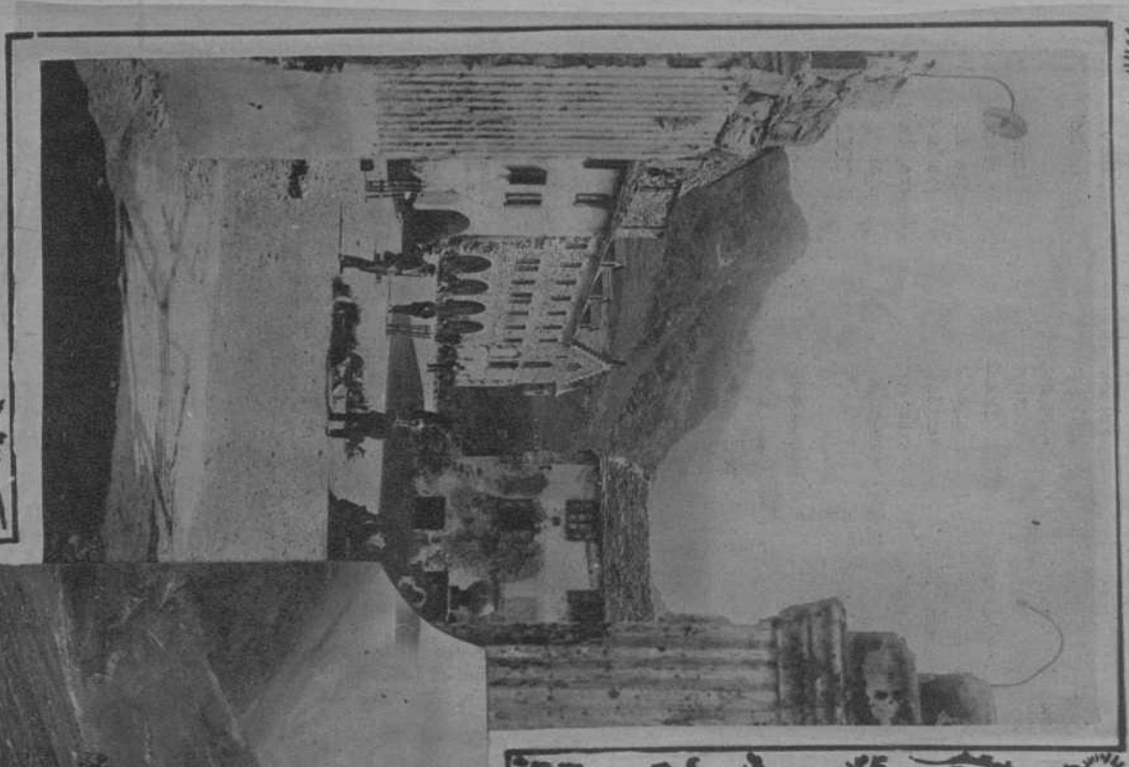
El hangar del «Gonde Zeppelin»



El lujoso comedor de la aeronave (Fols, Scherl)



Al fondo, las tiendas de campaña del batallon de Barcelona, en maniobras



El patio, en pleno verano

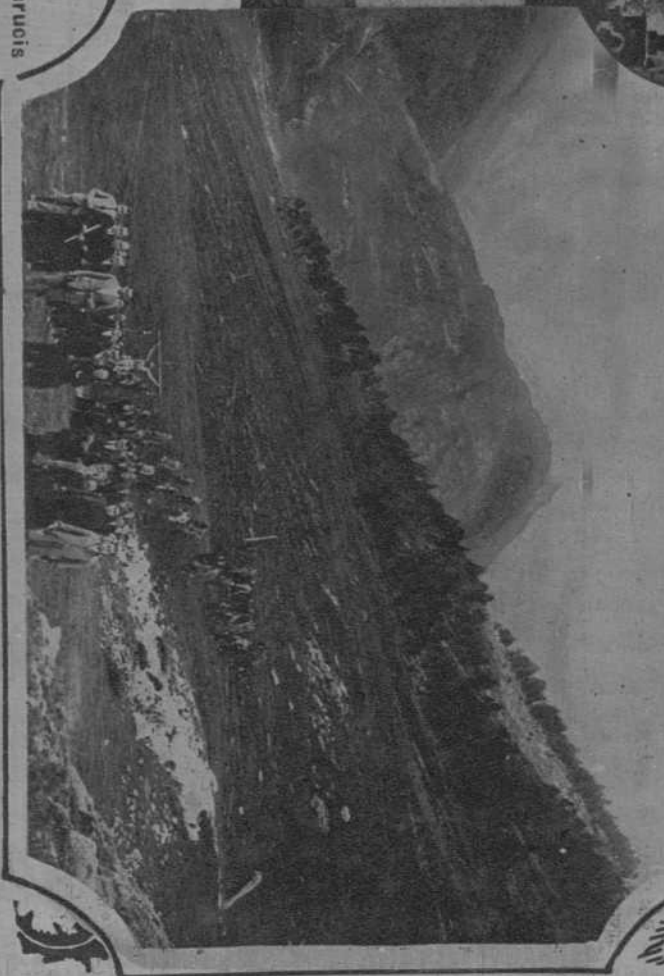
Fols, Francosi)



Otro aspecto del via-cruois



El via-cruois de los ejeritantes, en la montaña

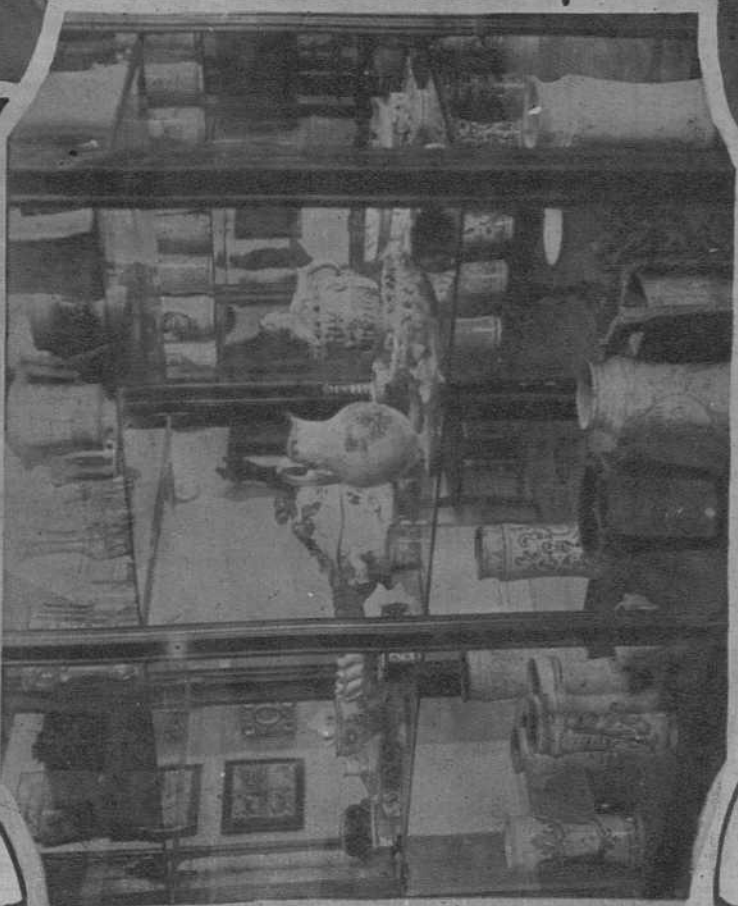


VIARIA  
EL SANTUARIO  
POPULAR

LOS MUSEOS DE CATALUNA

EL MUSEO MUNICIPAL SOLER Y PALET, CONS-  
TITUYE PARA TARRASA UN JUSTIFICADO  
MOTIVO DE ORGULLO

La escalera de la biblioteca



Una vitrina del Museo



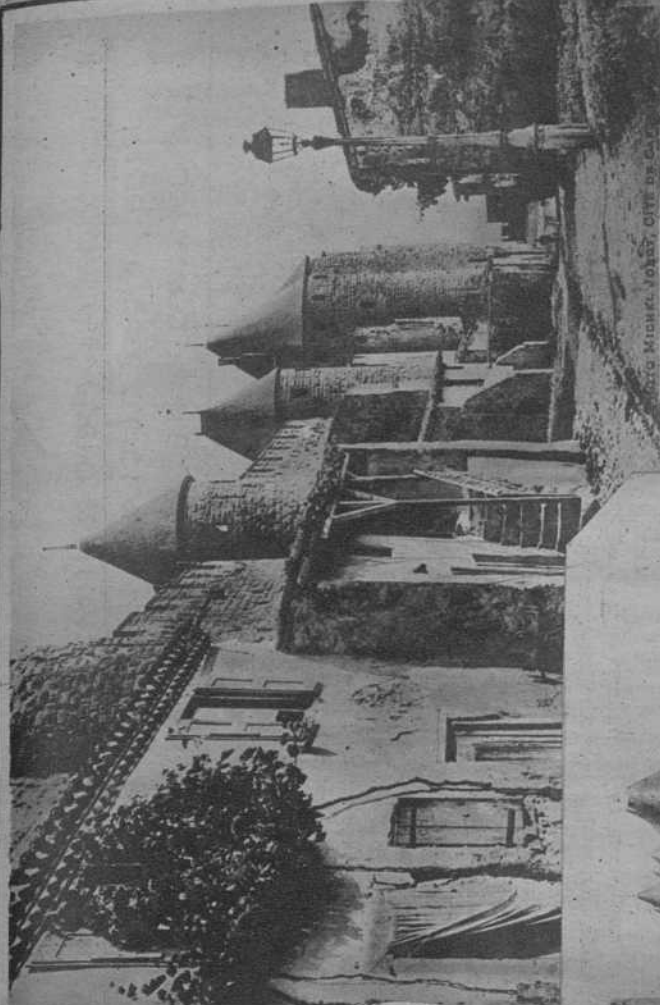
LA sala de lectura

Una de las salas del Museo (Fots. Ribas)

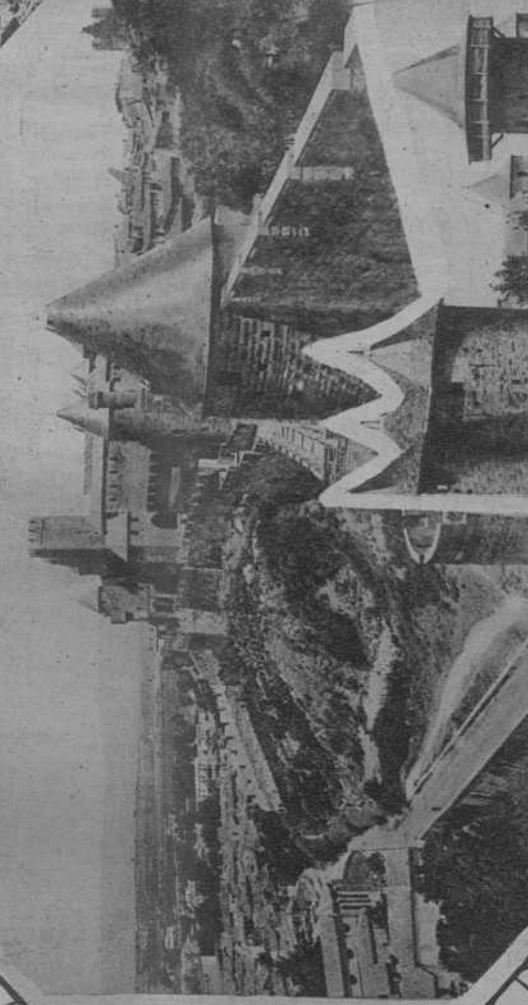


CARCASONA, LA VIEJA CIU-  
DAD QUE GUARDA, ORQU-  
LLOSA, SUS MURALLAS, CE-  
LEBRA ESTOS DIAS SU SE-  
GUNDO MILENARIO

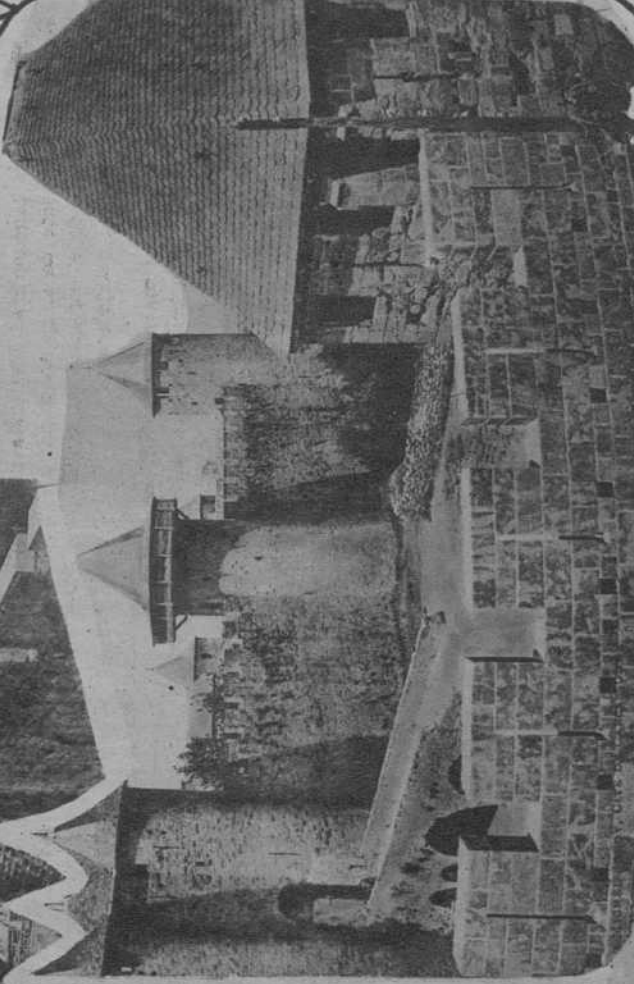
Una calle pintoresca



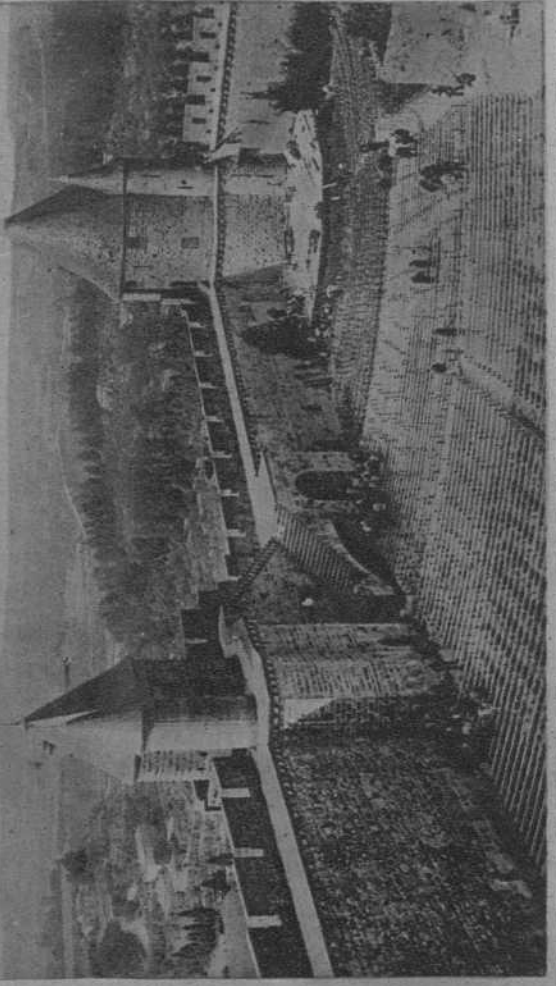
Los muros y los torreones



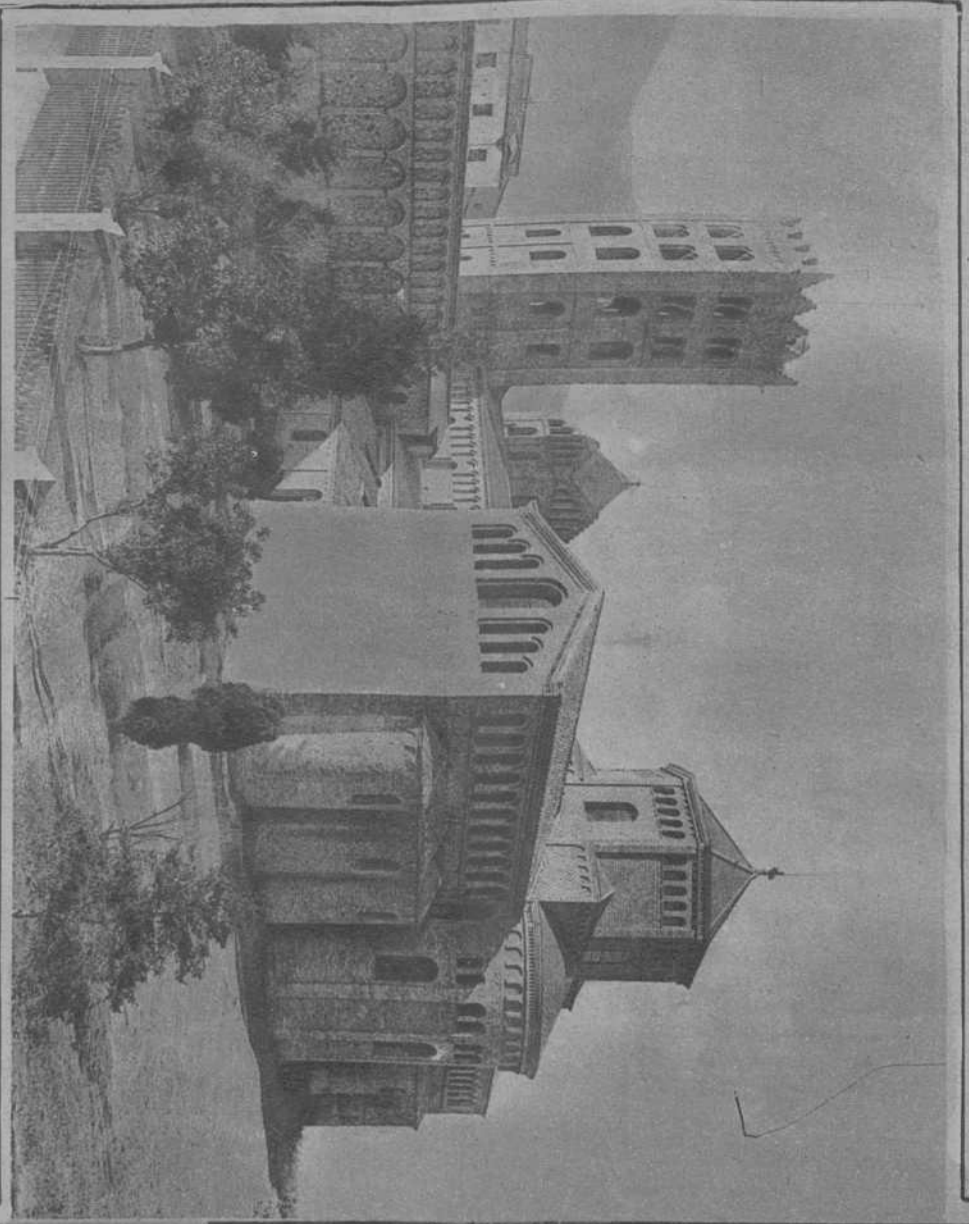
La entrada al castillo feudal



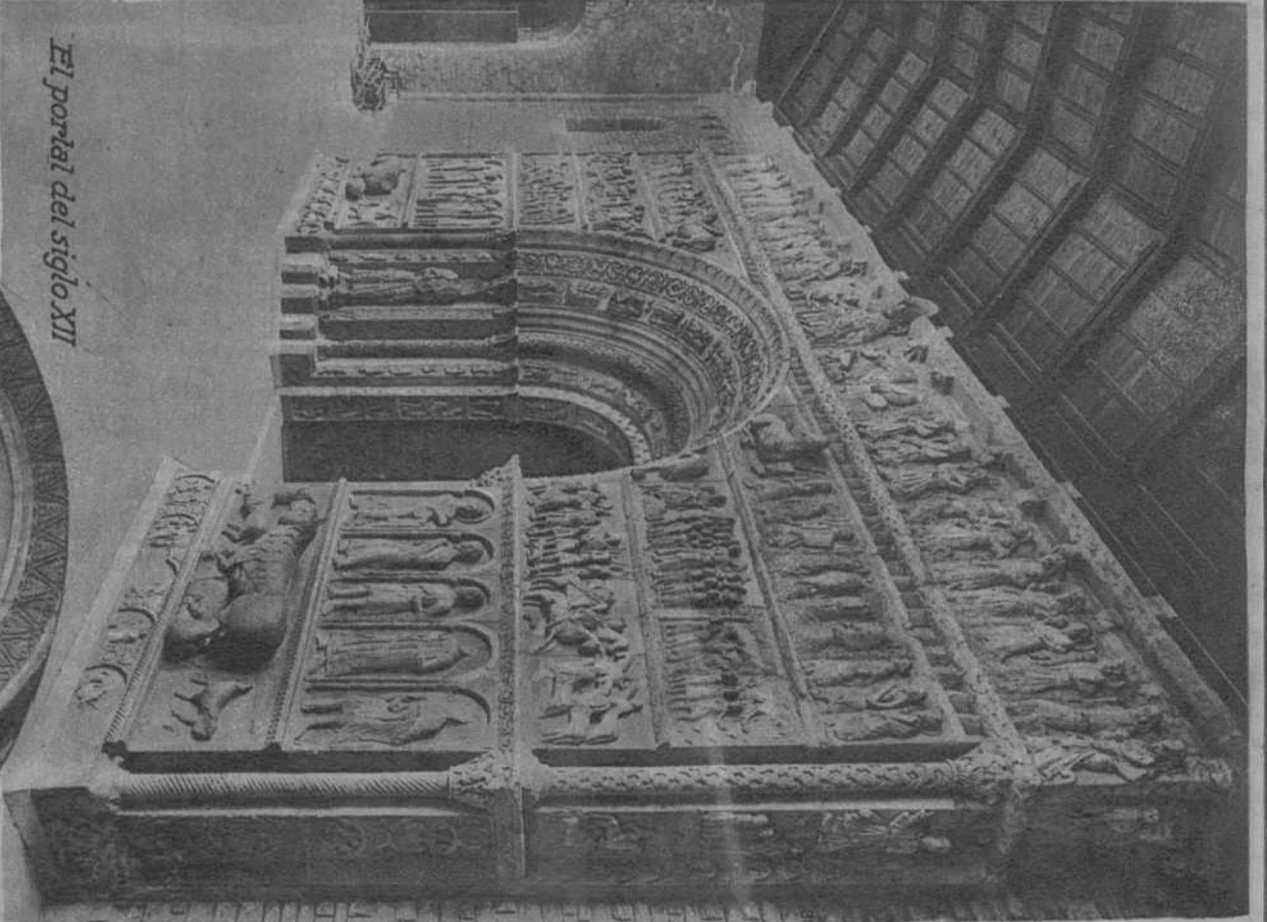
El teatro antiguo  
(Fots. Jordi)



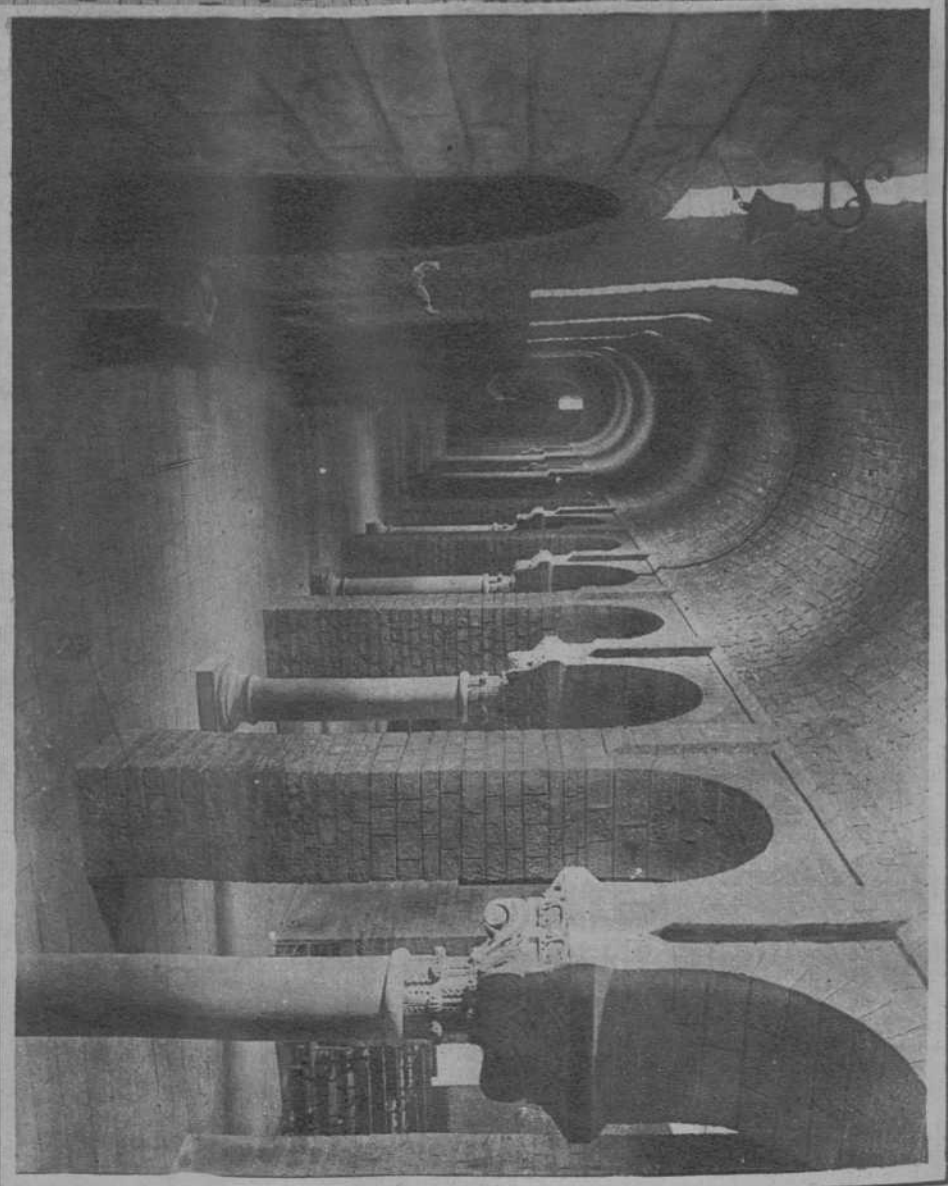
Legendario y venero el Monasterio de Santa Maria  
 le Ripoll ofrece al visitante el encanto de su arte  
 imponderable y el recuerdo de su historia gloriosa.



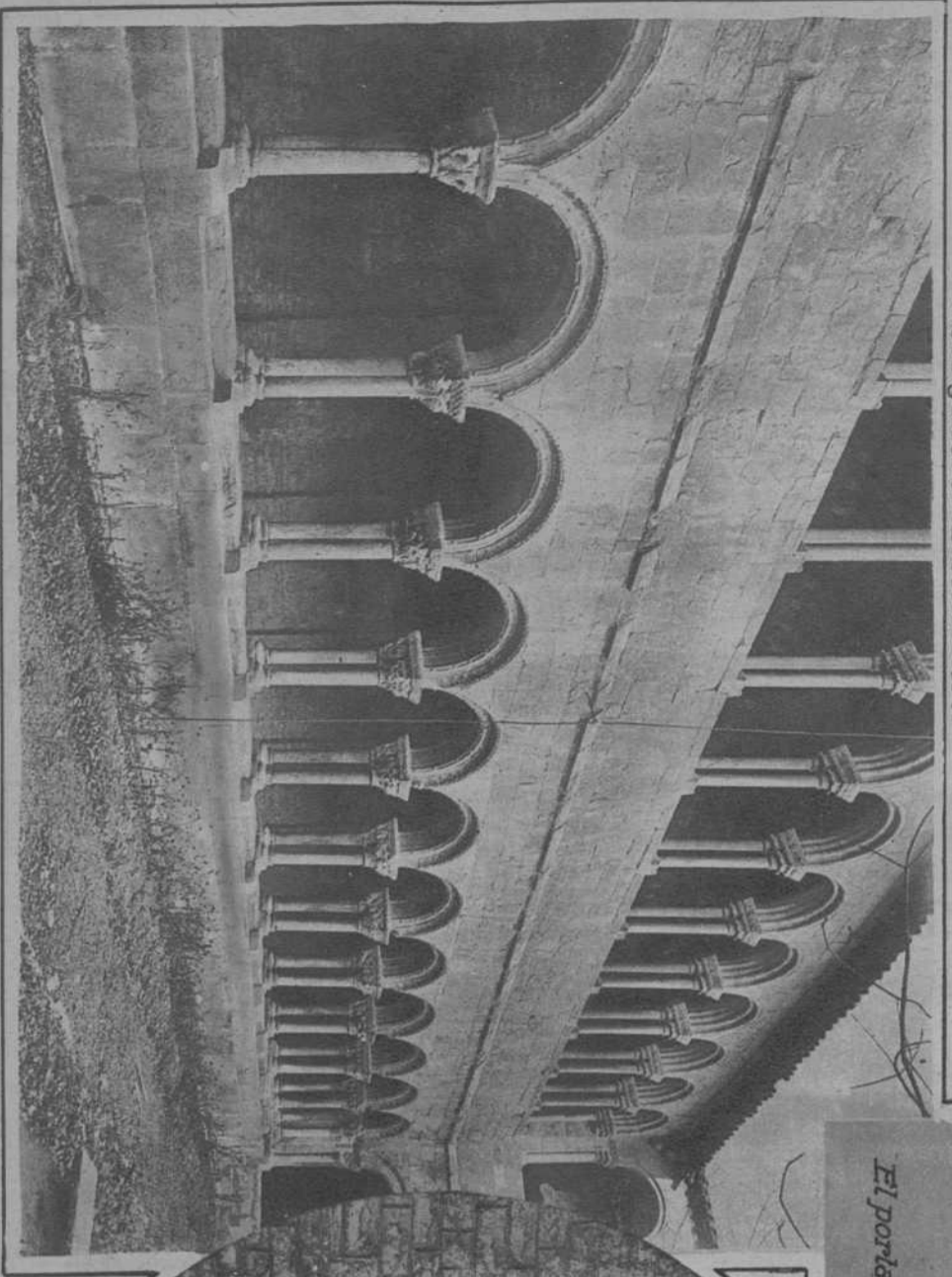
Vista general del Monasterio



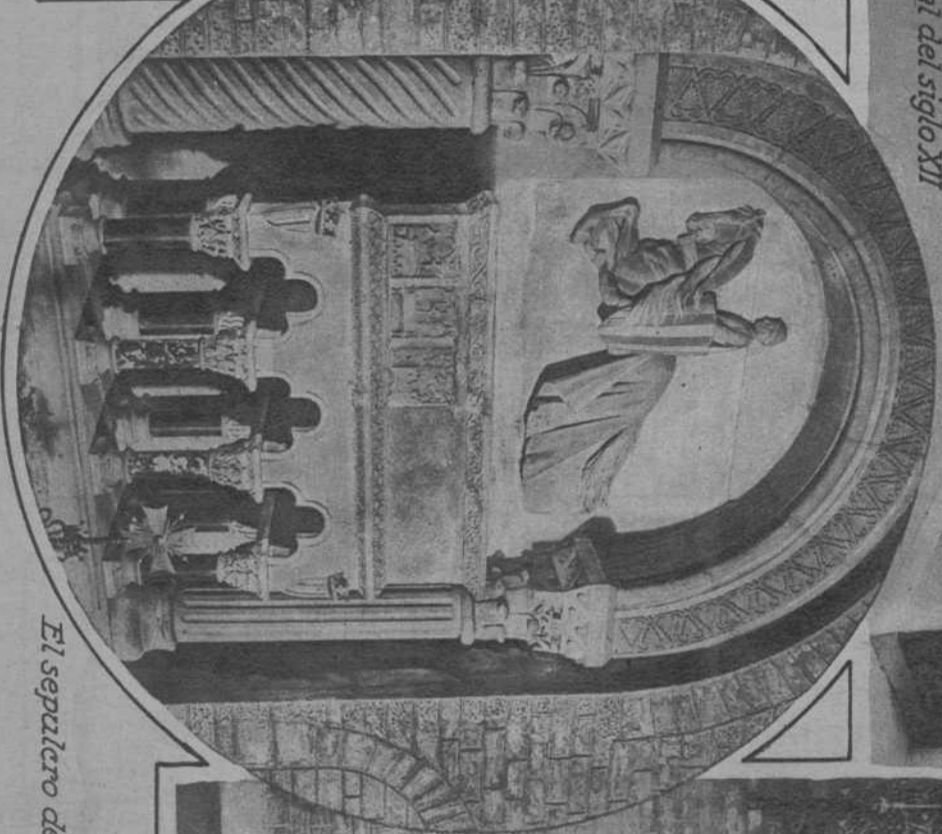
El portal del siglo XII



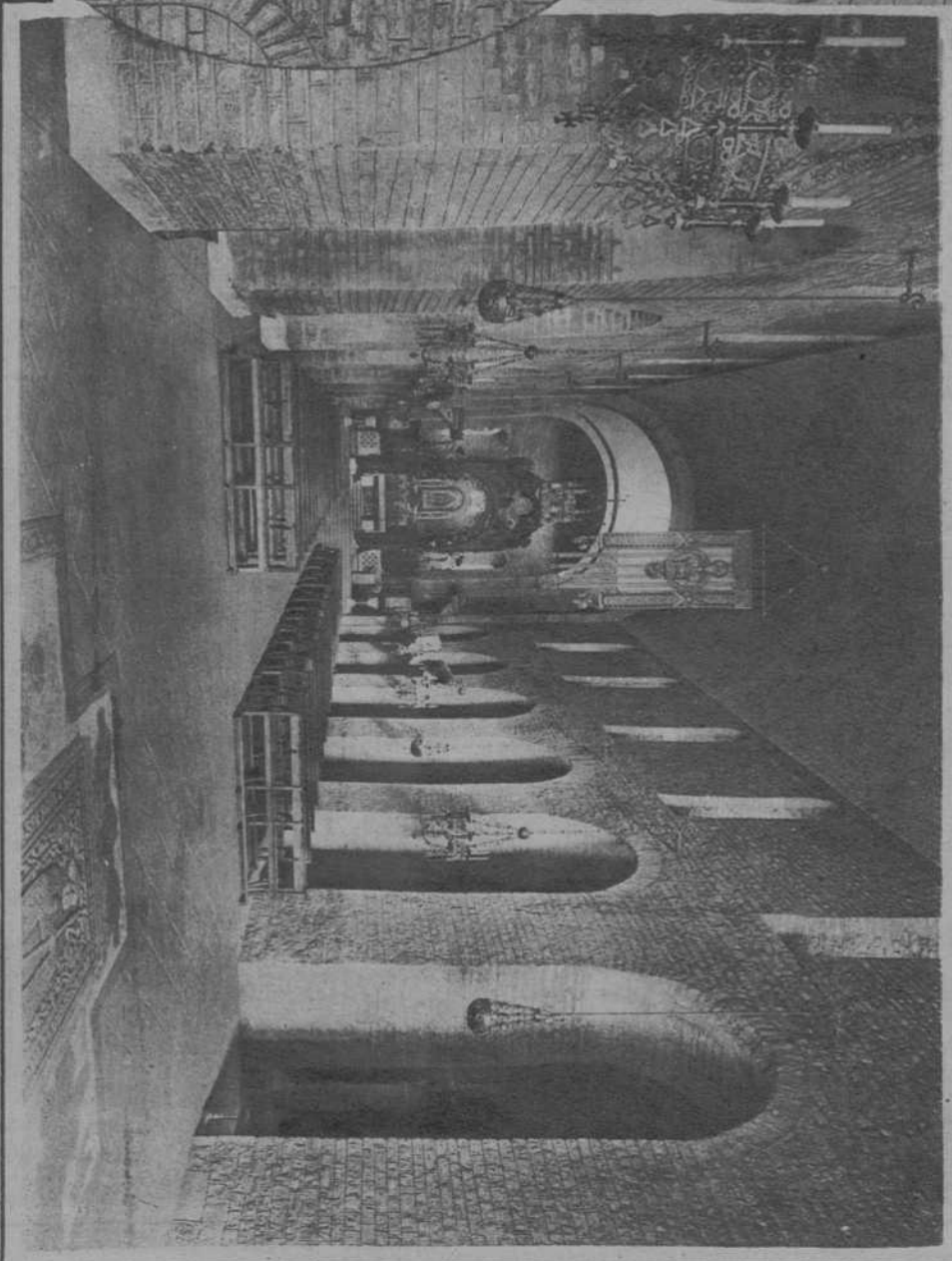
Una nave lateral



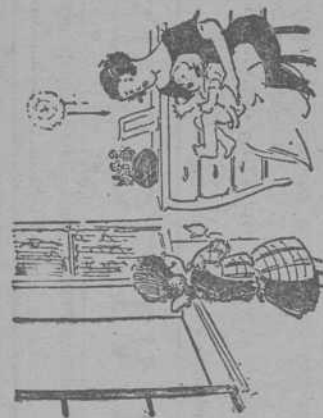
El claustr



El sepulcro de Berenguer III



La nave central



cito—pues no le tenía miedo y usted habrá visto, Princess, que me proponía hacerle frente.

—Sí, pequeño Príncipe—respondió la joven—. Ya sé que usted es un valiente—. Pero pensé para sus adentros:

Qué agradable es proteger al más débil. Seguramente uno concluye por querer a aquellos para quienes es útil, sobre todo cuando son inteligentes y finos como este hombrecito.

Unos días después Pulgarcito ofreció una rosa a la joven.

—Oh! gracias—exclamó Mimi—. ¡Qué hermosa es!

—Vaya un regalo—dijo Polifemo, y corriendo a la India trajo de vuelta una rama en la que pendían unas campanillas grandes como campanas de iglesia y se las dio a la joven.

—Son muy hermosas—dijo la Princesa—; pero no puedo ponerme en el vestido ni en mis cabellos; y dándose vuelta hacia su padre, que se encontraba allí, añadió: Ya que se acerca el día en que tengo que elegir esposo, me resolveré a hacerlo hoy. Padre, quiero casarme con Pulgarcito. Espero que el príncipe Polifemo me perdonará, pues tengo por él una gran estimación y le muestro mucho tener que contrariarlo.

El gigante suspiró tan fuertemente que todo el palacio tembló, pero manteniendo su palabra tendió lealmente la mano a Pulgarcito y se retiró diciendo:

—Hágala feliz.

El día de la boda anunciaron en el momento en que el cortejo se dirigía a la iglesia que el príncipe Encantado acababa de llegar y presenciara la ceremonia.

Un momento después se presentó el joven, que era un poco más alto que la Princesa, de porte elegante y distinguido. Mimi no lo había visto nunca, pero al verlo se acercó a él y le dijo:

—Príncipe Encantado, yo os esperaba. Os amo y sé que me amáis, pero he dado mi palabra a este hombrecito y no puedo quitársela.

Polifemo se acercó a Pulgarcito y le dijo:

—Pequeño Príncipe, ¿no tendréis valor para hacer lo que yo hice?

—¡Pero la amo!—exclamó Pulgarcito. —Precisamente por eso—respondió el buen gigante.

—Señora—dijo Pulgarcito—. Os quiero demasiado para contrariaros. No habíamos pensado en la venida del Príncipe Encantado. Casaos con él, si ese es vuestro deseo. La Princesa levantó a Pulgarcito en sus brazos y lo besó en agradecimiento. Pulgarcito lloraba.

—Vamos pequeño Príncipe—dijo Polifemo—. Me contarás tus penas. Hablaremos siempre de ella y velaremos desde lejos por su felicidad.

Y colocando a Pulgarcito sobre su hombro desaparecieron en el horizonte, pero no se olvidó de ponerle un pan que



—¡Mamá! ¡Hay aquel señor tan feo que no sé cómo se llama!

Sergio, el tercero, se adelantó y sin esperar a que su padre le preguntara, dijo:

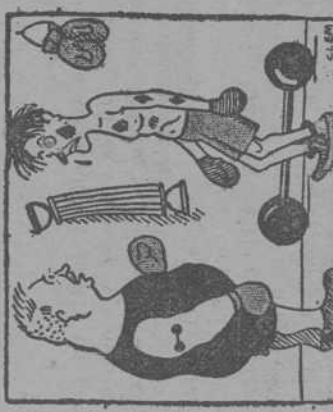
—Padre: yo recogí los huesos que tiró Vanka, saqué las almeándras que tenían dentro y me las comí. En cuanto a la ciruela se la vendí a Teodor Ivanovich y me dió por ella tantos «kopeks» que mañana podré comprar en la feria una docena. Me comeré dos y venderé la diez restantes, y así, poquito a poco, aumentaré mis ahorros.

—Tu modo de proceder no me agrada—dijo el «mujik con tristeza». Veo que eres egoísta y avaro. Nunca te faltarán qué comer; pero ¡hay del infeliz que llame a tu puerta en demanda de un pedazo de pan! Malo es tirar las cosas y no pensar en el porvenir, como ha hecho Vanka; pero peor es pensar exclusivamente en sí mismo y vender al prójimo por el triple de su valor lo que no nos costó absolutamente nada. Ten cuidado y lucha con esas dos finesuras inclinaciones que agotarán tu corazón. Y tú, hijo mío—añadió el «mujik» dirigiéndose al menor—, ¿qué hiciste con la ciruela?

Sacha se adelantó confuso, bajando la cabeza: —Padre—contestó—: Nikita, el hijo de nuestra pobre vecina, está muy enfermo, y para aplacar la sed que la fiebre le produce le di a comer la ciruela. Si he hecho mal, padre mío, perdóname.

—Perdonarte?—exclamó el «mujik» con los ojos llenos de lágrimas—. Ven a mis brazos, hijo mío; tú eres el que ha hecho mejor empleo del regalo, porque la caridad es lo más hermoso de la tierra, lo único que consuela y alegra el corazón!

LEON TOLSTOY



—Mañana daremos la segunda lección. —¿No podríamos continuar el curso por correspondencia?



—¿Voy bien para ir al pueblo?, muchacho. —¡Ya lo creo! ¡Mire usted lo roto que yo voy, y al pueblo me diré!



# EL CUENTO DEL DOMINGO EL POBRECITO PEREZ

## POR DOMINGO DE FUENMAYOR (ILUSTRACIONES DE BOSCH)

Me han dicho que todo sigue igual—tal vez me hayan equivocado— y por ello, por creer que dijeron verdad, voy a llenar estas cuartillas. Algo conseguiré haciéndolo; quien sabe si enderezaré el entuerto, en el caso, de que continúe todavía. De cualquier modo, embriagarme con el vino viejo del recuerdo.

Recordar va a ser mi tarea. Deslabazados recuerdos, llenos de confusiones por la lejanía, pero gratos. Todos los recuerdos, atinados de cosas o fechas más dolorosas, son agradables mirados desde lejos. Esto ya se ha dicho antes de ahora: «cuálquiera tiempo pasado fué mejor». Mejor, pero pasado, desahogado de luego.

Bueno, y vamos a ver a un comerciante haciendo de escritor. Digo a un comerciante; pero soy un «tendero». Un tendero nada más; y a mucha honra. Si los chicos me vieran en plan de novelista, se reirían. No he tenido hijos. «Los chicos» son mis dependientes. Nada más que en la honradez se parecen al dependiente que yo fui. Estos tenderos de ahora, parecen señoritos. Yo fui señorito pero me asimilé en seguida el continente hortelán de entonces. «Eh, entonces...» ¡pues han pasado ya cuarenta años!... Ayer por la tarde, como quien dice...

Yo fui señorito... pero, ¡caray!, no quiero Descriparles el cuento. Vamos a empezar por el principio.

«El pobrecito Pérez, era mi papá. Juan Pérez García. Mi abuela paterna era de la familia de los Mazo, de Córdoba, y esto le permitía a mi progenitor arreglárselas bas-

llegaba al hogar en cantidad insuficiente y este dolor es capaz de borrar la belleza más firme.

Lloraba mucho mi mamá. Casi continuamente. Como si las lágrimas fueran en sus ojos una morbosa y permanentemente secreción. Tenía motivos; apenas podíamos comer. Mi papá ganaba muy poco. No sé yo ahora cómo andará eso, pero antes el Estado pagaba mal a sus servidores. Y existía, además, el peligro de las cesantías, provocadas por cada crisis. Puede decirse que para cada credencial había dos personas y que en el turno de los partidos tomaban parte desde los ministros hasta los «auxiliares» de más ínfima categoría.

Cuando papá estaba cesante, mi mamá lloraba más que de ordinario. Aunque no llegó a faltarnos el pan del todo. Porque mi papá, cuando estaba cesante, daba «sablazos», ejercicio que su dignidad no le permitía practicar cuando gobernaban «los suyos» y estaba él, por lo tanto, en usufructo de su credencial.

He dicho que éramos siete hermanos. Yo, el más chico, el único varón. Un varón bastante desmedrado y positivamente feo. Las hermanas me nombraban «Cuasimodo» y «Píctio», y esto hacía aumentar la intensidad de los suspiros de nuestra madre.

Solo dos fueron felices de las seis chicas. Laurita, que se murió «del pecho», cuando apenas era mujer, y Mercedes, que casó con un sargento de la Guardia Civil. La escasa graduación del yerno y cuñado nos llenó de escándalo a todos, pero justo es reconocer que hizo a Mercedes muy feliz. Es co-

mandante de puesto y tienen una casa mo-



# PAGINAS INFANTILES

## HISTORIA NATURAL

### EL ANTILOPE

Los antilopes, animales de formas sumamente esbeltas, constituyen un gran número de géneros diferentes entre sí, sobre todo por lo que respecta al tamaño y a la forma y dimensiones de los cuernos. El antilope es exclusivo del antiguo mundo, a excepción de una especie que vive en la Europa oriental, perteneciendo en su mayoría a la fauna africana. El antilope, propiamente dicho, habita en las llanuras esteparias; sin embargo, hay ejemplares, que viven en las altas montañas, llegando hasta la región de las nieves perpetuas.

Suelen formar rebaños, compuestos ordinariamente de un macho adulto y de quince o treinta hembras, pero no es raro, ver manadas de ciento y aún de mil cabezas. Animal en extremo ágil y veloz, demuestra una gran vivacidad en los movimientos; tímido y pacífico, emprende la fuga avanzando mediante una serie de enormes saltos en cuanto le amenaza el menor peligro; su principal alimento son las hierbas, el follaje y las yemas de los árboles.

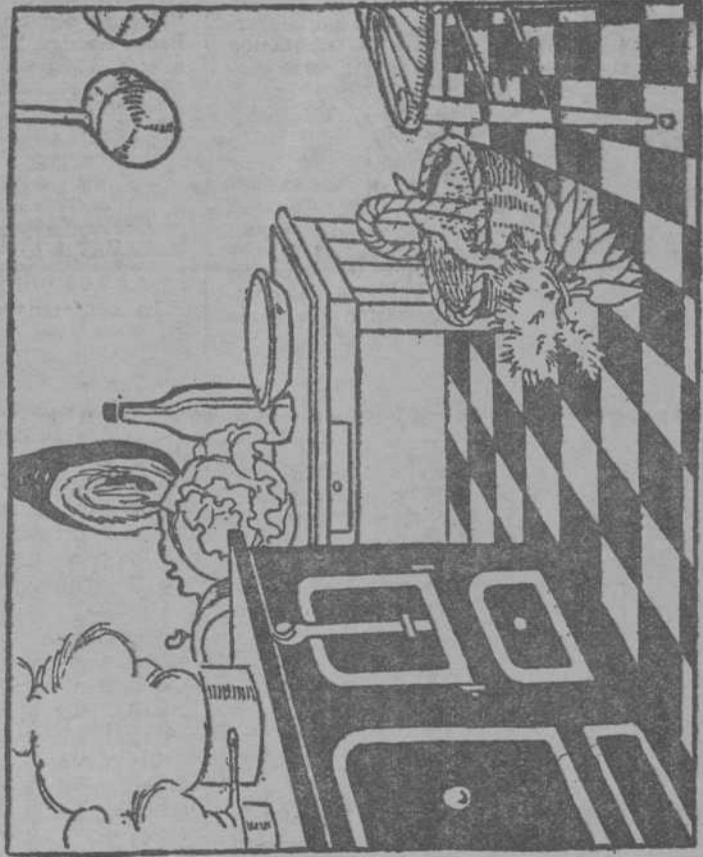
Los antilopes más conocidos, son las gacelas, que se distinguen por su cornamenta cubierta de anillos salientes y graciosamente contornada en forma de lira, y dentro de éste género, la especie típica, es la gacela común, que vive en los desiertos del Norte de África, desde el Río de Oro hasta Egipto y Abisinia, donde sólo crecen algunas plantas raquíscas y mimosas a cuya sombra rumia durante las horas del calor, empleando el resto del día en palear la escasa vegetación. Los beduinos cazan a este bonito ruminante, a caballo, con gálgos o con halcón. Las crías cogidas vivas, son llevadas a las ciudades, donde constituyen uno de los más preciados adornos del harén.

La belleza proverbial de los ojos de estos animales, ha dado pie en Argelia a una curiosa superstición; las mujeres cuidan de buscar una gacela, la besan y laman los ojos, creyendo que así los tendrán sus hijos igualmente grandes y hermosos.

Un antilope muy parecido a la gacela, es el springbok, precioso ruminante del África Austral; este animal, al avanzar en peregrinación y en grandes manadas, cubre llanos y colinas y sus movimientos recuerdan el oleaje del mar agitado, debido a que en vez de correr van dando brincos enormes, que son precisamente los que le han valido a esta especie, su nombre de springbok, que en holandés significa cebra saltadora. Estos ruminantes son tan temibles como la langosta, puesto que por donde pasan no dejan ni una brizna de hierba.

El antilope se le domestica con facilidad, pero sin que ninguno de ellos haya

## ROMPECABEZAS



La cocinera no se encuentra por parte alguna, ¿seréis vosotros capaces de dar con ella?

.....  
 pasado a ser animal verdaderamente doméstico, como algunos otros.

La caza del antilope da muy buenos rendimientos a los que se dedican a ella, pues se utiliza de ellos, la carne, que es subrota, el pelaje, la piel y los cuernos.

B. S. N.

## SALPICADURAS

El maestro ha hablado de los planetas y de las estrellas y ha insistido en decir que los planetas no tienen luz propia y que la que despiden es reflejada del sol.

—Dime un ejemplo de planeta, le dice a Juanito.

—Yo, señor maestro. Porque estoy iluminado por el sol.



.....  
 —¿Por qué lloras?  
 —Porque quería que mi barco atravesase el Atlántico, y el perro se me ha bebido el agua.

Con el adescuento», llegaban a él—que es como decir que llegaban a casa, pues mi padre nunca empleó dinero alguno para sí—, treinta y tantos duros al mes. Treinta y seis, exactamente, creo recordar.

Nos dolía el descuento, nos dolía. Pero estaba bien, qué caramba. Era un ahorro obligado, única forma de ahorrar posible a nuestra pobreza, en la que la imperativa necesidad del presente no hubiera consentido guardar nada para el futuro, en el caso de que esta previsión fuera voluntaria.

Estaba bien, el descuento. De él, acumulado a lo largo de toda la vida, saldrían la viudedad, las orfanidades... la jubilación, sobreviós. Por el descuento, la tutela que ejercía el Estado sobre sus servidores, adquiría una calidad paternal.

Estaba bien, el descuento; pero con treinta y seis duros no podíamos vivir; materialmente, no podíamos vivir.

El día 15, no obstante lo gran equilibrio de los presupuestos domésticos que era mi mamá, habíamos acabado todo nuestro dinero, que llegó mermado por los atrasos del mes anterior.

Hacia el día veintitantos, concluía el crédito concedido por los proveedores, y entonces hacíamos la comida en un café, donde se fiaban a papá. No en el café de los domingos, sino en otro más pobre. El público lo formaban obreros, empleadillos, y unas raras mujeres cuya presencia no agradaba a mamá. Se reían mucho; se reían alto; tal vez de nosotros.

Ibamos todos. Los nueve. Las chicas, yo no sé cómo se arreglaban con los trajes... Es decir, si lo sé; muy mal. Así se reían las mujeres que disgustaban a mamá... Por darnos tono, o por rubor, habíamos convenido tícidamente en decir que a la fonda a ir al café de aquel. Tal vez fuera una taberna.

Pedíamos seis raciones para todos, y papá y mamá apenas si probaban bocado. Decían ellos que «por lo que llenan estas comidas de fonda...»

Si, sí, indudablemente era una taberna. Ahora recuerdo un episodio que lo confirma. Verán cómo fué; verán qué nimio pero, también, qué significativo:

En aquel antro—bueno, «antro»... no tanto...—en aquel establecimiento, el mozo—había uno solo, muy puesto de mandil y muy arremangado—, no tomaba el sombrero ni el bastón de mi papá, que éste dejaba junto a sí, sobre una silla.

Cierto día, cuando más distraídos estábamos todos, un chullito tomó aquella silla y se sentó a otra mesa, sobre el sombrero de mi papá. Se apercebí en seguida el guaja, pero no antes de que el hongo quedara hecho un acodeón.

Todavía recuerdo, como si volviera a oír la, la voz del chullito mostrando la detestable prenda mientras solicitaba:

—A ver, el propietario del «güito», que le ha centrado la «tembiarosa».

El propietario del «güito» pasóse más pálido que de ordinario, tomó el maltrecho hongo y creo que no dijo nada. Sólo mamá habló entre dientes:

—¡Qué ordinario! Qué gentuza más ordinario!...

Bajo la mesa, el pie de papá le impuso silencio.

De pasadía dije antes, creo que al principio, que mi hermana Laurita murió del pecho. Tísica.

Era muy joven la muchacha y el médico, aun cuando la enfermedad se presentó con caracteres alarmantes, no nos hizo perder todas las esperanzas.

Un clima de altura, quizás podría variar.

Un clima de altura, representaba unos cientos de pesetas de los que carecíamos. ¡Si apenas teníamos para ir mal comiendo, Señor!... ¡Cómo si de haber estado en otra posición hubiera enfermado la chiquilla!... «Harturas, hastera, que no al- tura necesitaba también. Y como ni lo uno ni lo otro era posible, papá y mamá lloraron mucho, mucho, mucho.

Dios aprueba, pero no ahoga. Cierta día, unos caballeros vinieron a ver a papá, acompañados de otro señor a quien yo conocía como compañero de oficina de mi padre. Hablaron largo rato, encerrados en el comedor.

Cuando marcharon, papá estaba muy contento. Pero era la suya una alegría un poco rara.

Des días después, mamá y Laurita marchaban a la sierra.

Nos arretró mucho, mucho, Dios. Laurita, se murió. Llegó la cura demasiado tarde y se murió mi hermanita. Vivió tan pocos años las calamidades de este mundo, que por eso yo digo que fué feliz. Lo será ahora, por lo menos, en el cielo.

Nuestras desgracias, no acabaron allí. Echaron a papá. No con una cesantía, a las que estábamos acostumbrados, sino de forma definitiva y sonrojante: por prevaricador.

Aquellos caballeros que, acompañados de un compañero suyo, hablaron largamente con él en el comedor, dieron dinero a mi papá a cambio de no sé qué trampa en ignoros cuales liquidaciones.

El pobrecito Juan, siempre, siempre,

Vinieron unos días muy tristes; más tristes que los demás días de nuestra vida, nunca alegre.

Papá bebió, para olvidar. Mamá, para olvidar que papá bebía, se dio a la bebida también. No nos ahogó Dios, puesto que continuamos viviendo; yo no sé cómo, pero vivíamos.

Las hermanas, se casaron. Muy mal, ya lo dije. Como que siguieron siendo señoras. Con muchos hijos, muchos morriños y escasa alimentación. Esposas de empleadillos, los cuales, a lo mejor—a lo peor—, serían echados, como mi padre, sin derecho a nada. Yo tuve suerte. Dejé mis prejuicios de chico de la clase media y me coloqué de dependiente en una tienda de comestibles. Hoy la tienda es mía. «El Trebol. Comestibles finos», reza la muestra. He trabajado mucho, pero no puedo quejarme. Tengo treinta mil duros en el Banco.

Mis papás murieron. Al escribir esto—desahogado de mi corazón, lleno de recuerdos, en una tarde dominguera—, no pido, claro está, nada para ellos.

Para nadie voy a pedir, a lo mejor, pues que el Estado, cuando eche a uno de sus servidores, no se quedará ya, a buen seguro, con el dinero que le fué descontando todos los meses durante años y años.

Pero por si es verdad que siguen sin reformar las leyes en ese sentido, según me han dicho, me he colocado esta tarde en plan de novelista que escribe historias. ¡Lo que se hubieran reído los chicos si me llegan a sorprender!...

Bueno. «C'est fini—en «El Trebol» se habla francés—; tango todavía algunas cosas que hacer hoy, antes de marcharme a la cama. Sobre todo el pedido a los almaceneros, no puedo dejarlo para mañana.

siempre, había sido honrado. Un momento, cuando se trató de la vida de su hija, no lo fué. Y este momento bastó a echar por tierra una rectitud de toda la vida.

Echaron a papá. Sin apelación. Lo dejaron con el día y la noche. Con seis hijos y sin una peseta. Sin una peseta, pues que al ser echado—separado, creo que decían—, perdió todos los derechos a jubilaciones, orfanidades, viudedad... Lo perdió todo, mi papá.

Y yo pensé que era el Estado el que nos... defraudaba a nosotros, quedándose con aquel montón de plata que a puñaladas, uno cada mes, había formado mi papá durante más de veinte años, no cobrando su soldada entera, satisfaciendo la prima de un seguro que, caprichosamente, el Estado hacía caducar.

Para nadie voy a pedir, a lo mejor, pues que el Estado, cuando eche a uno de sus servidores, no se quedará ya, a buen seguro, con el dinero que le fué descontando todos los meses durante años y años.

Pero por si es verdad que siguen sin reformar las leyes en ese sentido, según me han dicho, me he colocado esta tarde en plan de novelista que escribe historias. ¡Lo que se hubieran reído los chicos si me llegan a sorprender!...

Bueno. «C'est fini—en «El Trebol» se habla francés—; tango todavía algunas cosas que hacer hoy, antes de marcharme a la cama. Sobre todo el pedido a los almaceneros, no puedo dejarlo para mañana.

Para nadie voy a pedir, a lo mejor, pues que el Estado, cuando eche a uno de sus servidores, no se quedará ya, a buen seguro, con el dinero que le fué descontando todos los meses durante años y años.

Pero por si es verdad que siguen sin reformar las leyes en ese sentido, según me han dicho, me he colocado esta tarde en plan de novelista que escribe historias. ¡Lo que se hubieran reído los chicos si me llegan a sorprender!...

Bueno. «C'est fini—en «El Trebol» se habla francés—; tango todavía algunas cosas que hacer hoy, antes de marcharme a la cama. Sobre todo el pedido a los almaceneros, no puedo dejarlo para mañana.

Para nadie voy a pedir, a lo mejor, pues que el Estado, cuando eche a uno de sus servidores, no se quedará ya, a buen seguro, con el dinero que le fué descontando todos los meses durante años y años.

Pero por si es verdad que siguen sin reformar las leyes en ese sentido, según me han dicho, me he colocado esta tarde en plan de novelista que escribe historias. ¡Lo que se hubieran reído los chicos si me llegan a sorprender!...

Bueno. «C'est fini—en «El Trebol» se habla francés—; tango todavía algunas cosas que hacer hoy, antes de marcharme a la cama. Sobre todo el pedido a los almaceneros, no puedo dejarlo para mañana.

Para nadie voy a pedir, a lo mejor, pues que el Estado, cuando eche a uno de sus servidores, no se quedará ya, a buen seguro, con el dinero que le fué descontando todos los meses durante años y años.

Pero por si es verdad que siguen sin reformar las leyes en ese sentido, según me han dicho, me he colocado esta tarde en plan de novelista que escribe historias. ¡Lo que se hubieran reído los chicos si me llegan a sorprender!...

Bueno. «C'est fini—en «El Trebol» se habla francés—; tango todavía algunas cosas que hacer hoy, antes de marcharme a la cama. Sobre todo el pedido a los almaceneros, no puedo dejarlo para mañana.

Para nadie voy a pedir, a lo mejor, pues que el Estado, cuando eche a uno de sus servidores, no se quedará ya, a buen seguro, con el dinero que le fué descontando todos los meses durante años y años.

Pero por si es verdad que siguen sin reformar las leyes en ese sentido, según me han dicho, me he colocado esta tarde en plan de novelista que escribe historias. ¡Lo que se hubieran reído los chicos si me llegan a sorprender!...

Bueno. «C'est fini—en «El Trebol» se habla francés—; tango todavía algunas cosas que hacer hoy, antes de marcharme a la cama. Sobre todo el pedido a los almaceneros, no puedo dejarlo para mañana.

Para nadie voy a pedir, a lo mejor, pues que el Estado, cuando eche a uno de sus servidores, no se quedará ya, a buen seguro, con el dinero que le fué descontando todos los meses durante años y años.

Pero por si es verdad que siguen sin reformar las leyes en ese sentido, según me han dicho, me he colocado esta tarde en plan de novelista que escribe historias. ¡Lo que se hubieran reído los chicos si me llegan a sorprender!...

Bueno. «C'est fini—en «El Trebol» se habla francés—; tango todavía algunas cosas que hacer hoy, antes de marcharme a la cama. Sobre todo el pedido a los almaceneros, no puedo dejarlo para mañana.

Para nadie voy a pedir, a lo mejor, pues que el Estado, cuando eche a uno de sus servidores, no se quedará ya, a buen seguro, con el dinero que le fué descontando todos los meses durante años y años.

Pero por si es verdad que siguen sin reformar las leyes en ese sentido, según me han dicho, me he colocado esta tarde en plan de novelista que escribe historias. ¡Lo que se hubieran reído los chicos si me llegan a sorprender!...

Bueno. «C'est fini—en «El Trebol» se habla francés—; tango todavía algunas cosas que hacer hoy, antes de marcharme a la cama. Sobre todo el pedido a los almaceneros, no puedo dejarlo para mañana.

Para nadie voy a pedir, a lo mejor, pues que el Estado, cuando eche a uno de sus servidores, no se quedará ya, a buen seguro, con el dinero que le fué descontando todos los meses durante años y años.

Pero por si es verdad que siguen sin reformar las leyes en ese sentido, según me han dicho, me he colocado esta tarde en plan de novelista que escribe historias. ¡Lo que se hubieran reído los chicos si me llegan a sorprender!...

Bueno. «C'est fini—en «El Trebol» se habla francés—; tango todavía algunas cosas que hacer hoy, antes de marcharme a la cama. Sobre todo el pedido a los almaceneros, no puedo dejarlo para mañana.

Para nadie voy a pedir, a lo mejor, pues que el Estado, cuando eche a uno de sus servidores, no se quedará ya, a buen seguro, con el dinero que le fué descontando todos los meses durante años y años.

Pero por si es verdad que siguen sin reformar las leyes en ese sentido, según me han dicho, me he colocado esta tarde en plan de novelista que escribe historias. ¡Lo que se hubieran reído los chicos si me llegan a sorprender!...

Bueno. «C'est fini—en «El Trebol» se habla francés—; tango todavía algunas cosas que hacer hoy, antes de marcharme a la cama. Sobre todo el pedido a los almaceneros, no puedo dejarlo para mañana.

Para nadie voy a pedir, a lo mejor, pues que el Estado, cuando eche a uno de sus servidores, no se quedará ya, a buen seguro, con el dinero que le fué descontando todos los meses durante años y años.

Pero por si es verdad que siguen sin reformar las leyes en ese sentido, según me han dicho, me he colocado esta tarde en plan de novelista que escribe historias. ¡Lo que se hubieran reído los chicos si me llegan a sorprender!...

Bueno. «C'est fini—en «El Trebol» se habla francés—; tango todavía algunas cosas que hacer hoy, antes de marcharme a la cama. Sobre todo el pedido a los almaceneros, no puedo dejarlo para mañana.

Para nadie voy a pedir, a lo mejor, pues que el Estado, cuando eche a uno de sus servidores, no se quedará ya, a buen seguro, con el dinero que le fué descontando todos los meses durante años y años.

Pero por si es verdad que siguen sin reformar las leyes en ese sentido, según me han dicho, me he colocado esta tarde en plan de novelista que escribe historias. ¡Lo que se hubieran reído los chicos si me llegan a sorprender!...

Bueno. «C'est fini—en «El Trebol» se habla francés—; tango todavía algunas cosas que hacer hoy, antes de marcharme a la cama. Sobre todo el pedido a los almaceneros, no puedo dejarlo para mañana.

Para nadie voy a pedir, a lo mejor, pues que el Estado, cuando eche a uno de sus servidores, no se quedará ya, a buen seguro, con el dinero que le fué descontando todos los meses durante años y años.

Pero por si es verdad que siguen sin reformar las leyes en ese sentido, según me han dicho, me he colocado esta tarde en plan de novelista que escribe historias. ¡Lo que se hubieran reído los chicos si me llegan a sorprender!...

Bueno. «C'est fini—en «El Trebol» se habla francés—; tango todavía algunas cosas que hacer hoy, antes de marcharme a la cama. Sobre todo el pedido a los almaceneros, no puedo dejarlo para mañana.



.....  
 pasado a ser animal verdaderamente doméstico, como algunos otros.

.....  
 pasado a ser animal verdaderamente doméstico, como algunos otros.



AVUO-CARICATURA DE ISIDRO NONELL

He aquí una personalidad bien catalana. No hablo solamente de su personalidad artística, sino de todo el conjunto de su fisonomía física, moral e intelectual.

Nacido en Barcelona hacia el año 1873, en uno de los barrios más típicos de la antigua ciudad, junto a aquel antiguo boticario que aún nos queda, recordo de otros tiempos, con sus potes de porcelana ornamentados de azul, que todo buen barcelonés conoce, como casi todos nuestros prohombres, florece en un ambiente casero de humildes horizontes, y su tragedia consistió en el eterno conflicto entre su innegable cariño a los suyos, y el impulso de su temperamento más abierto a las modernas tendencias.

Su combate empieza ya en la escuela, prosigue en el Bachillerato, y termina y triunfa su espíritu rebelde, dejando los libros por el horror invencible que le causan las matemáticas.

Su familia, llevada de su cariño, al transigir en que sea pintor, quiere que estudie lo que se dice toda la «carrera». Pasa el buen hijo por ello, estudia en la Academia Mirabent, luego va a la de Martínez Alkás, donde se hacen amigos con Xavier Nogues. Pasa después a la Academia Graner y allí empieza a conocer sus modelos predilectos, los pobres venidos de la calle, y se inicia a base realista con que había de apoyarse en arte, personalismo. Acude, más tarde, también, a la Lonja, siendo discípulo de Jaba y condiscípulo de Joaquín Mir y de Ricardo Canals. Su espíritu rebelde, no podía avenirse, de ninguna manera, con la disciplina austera del terrible maestro, éste tenía ojeriza a aquel joven discipulo, que no quería admitir sus teorías, tan humildemente acatadas hasta entonces. Es posible que durante algún tiempo, su amor propio de profesor, le cegara hasta el punto de considerarlo inepto para el arte, pero su innegable talento, tuvo la intuición de su valer, ya que esta misma ojeriza tan viva,

demonstraba no ser indiferente aquel discípulo tan característico, y hasta una vez no pudo menos de darle sus plácemes en la clase de composición, cuando Nonell, al desarrollar el tema propuesto, y al recordar las tardes de octubre pasadas en el Parque, dibujó un viejo descansando en un banco, odeado de un nimbo de hojas secas, que patéticamente iban cayendo a su alrededor, y que tituló «Melancolías».

Este tema emocionó al veterano profesor, y sintió, en el fondo de su alma, una especie de remordimiento y una tendencia a captarse la estimación de aquel discípulo de chico; pero éste se le escapó huyendo para volar allí donde le llamaba su espíritu.

Pasó, casi toda su vida, por un carácter de contradicción constante, y el sentir suyo entre burlón y bondadoso, afirmaba esta suposición equivocada. Era un luchador, eso sí; desconfiador de problemas nuevos a resolver en el campo de su arte, inexorablemente honrado, se ponía fuera de sí, delante la obra fútil y sin consistencia, o en presencia del preciosismo morboso. Esto le dio la nomenclatura de persona de cuidado, y sus dichos acerbamente irónicos contra la burguesía pictórica, eran brutalmente claros, sin superfluidos ni medias tintas.

Había nacido para ser un reformador; una especie de símbolo de reacción contra las fórmulas hechas contra aquel arte industrial, contra aquello de «per militares, en Cussac» por dones grupas, en Mastreit, per cementaria, l'Urgell...» contra el conjunto de especialidades osificadas por el afán del lucro. Era el campeón del arte por el arte, no queriendo esto decir que negase el derecho de vida a los pintores, sino que la recompensa material, había de ser hija de su mayor perfeccionamiento, y no de la mercantilización de sus procedimientos.

Esta lucha era titánica pues tenía que sostenerla contra la decepción de su familia, por aquel chico que no quería estudiar, ni crear a ningún maestro y que no hacía más que vagar por los suburbios, haciendo tipos extraños, pobres, gitanos, roncantes miserables... «taquest noi sa tornat boif... Ves qui / li compraixo això...» debían decirse sus deudos llenos de razón, desde su punto de vista.

¿Era que Nonell tenía una idea clara y decidida de lo que tenía que hacer? Su gran amigo, Joaquín Biosca, otro originalísimo artista, nos dice que sí bien Nonell sentía gran interés por la pintura de estas cosas, también al pintar pobres y gitanos, era por un motivo de orgullo y de austeridad, pues no quería que su familia aparente divagada de cosa banal en sus aparentes divagaciones, pues no se permitió nunca dibujar ni pintar ni una mujer guala, ni una cosa voluptuosamente bella.

Esta especie de puritanismo, cristaliza al fin, en la serie de dibujos inspirados en los cretinos de Caldas de Bohí (Lérida), pues la serie de paisajes de Montjuich que

estas habrán pintado, si bien quedaban como a base de futuras creaciones, en aquel momento la tortura moral, dominaba sobre la percepción sensitiva artística de Nonell, pintaba el cerebro, no la mano ni el instinto genial del voluptuoso Nonell, el estador de las «gourmandises» plásticas.

Es en 1893 cuando se habla por primera vez de Nonell, en una Exposición de casa Parés, donde presenta unos estudios. Al año siguiente exhibe un «Paisaje» en el Circulo Artístico, y en la annual de París de 1895 varios paisajes de Montjuich.

En París, los tipos de cretinos que tan profundamente se le habían grabado, le evocaron aquellas imágenes vivas, aquellos dibujos coloridos que le valieron el primer triunfo en la Exposición de Doshourg, y que después fueron muy celebrados en el Salon de Exposiciones que poseía «La Vanguardia».

Fué Ricardo Canals quien en 1897 le decidió a pasar a París, donde continuó la vida que hacía en Barcelona, vagando por las alturas, atraído por los ritos más miserables y los tipos más desgraciados.

Saint-Valery en la «Révue de Beaux Arts» decía que el espectáculo repulsivo de los cretinos era traducido por Nonell, con una silueta limpia «como una exclamación trágica» y añade: «esta fórmula tan sabia para describir lo horrible, le da una extraña impresión de grandezas».

A fines de 1898, expuso en los «Quatre Gats», una serie de dibujos coloridos anteriormente conocida por los profesionales, y unos meses después, pasó nuevamente a París, para hacer una segunda Exposición, que esta vez instaló en las «Galeries Volhard». La mayor parte de estos dibujos, eran soldados repatriados de Cuba y Filipinas, y fueron celebrados por los inteligentes. Después de esta segunda estancia en París, volvió a pintar paisajes. En junio de 1902, y en enero de 1903, en la Exposición Parés, presentó unos cuadros de este género y una serie de tipos de gitanos negros y resaca. El público y nuestra crítica, le dejaron en un abandono tal, que otro hubiera sucumbido.

Su calvario fué cruel. No sólo los suyos le hacían el vacío. Un espíritu rencoroso, una rutina honda, oscurecía las inteligencias y en el periódico «Jovenista», firmado por Brill, apareció un artículo que sin querer ni darse cuenta el autor, amarga el regreso de Nonell, ahondando aún más sus amarguras domésticas.

Aquello fué, con todo, el final de su calvario. Repentinamente, con todo y haber Eugenio D'Ors publicado «La fi de Isidre Nonells», volvídes la cosa al revés, y Bagaría ya nos lo muestra contento, enseñándonos una bolsa llena. Hablaban de él los periódicos y vendía telas. Las amarguras domésticas de Nonell, habían terminado.



DIBUJO DE NONELL, AÑO 1908

Habíase acabado el pintor nomada de los suburbios, cada día más metido en el taller, repite una y mil veces el tema de las gitanas como obediendo a un movimiento instintivo, pero aquella austeridad de procedimiento, aquel torturamiento de líneas que tan bien exteriorizaban aquellos desahucados humanos, es convertido en una ritmica colorística en que ésta es todo y que deviene perfectamente apropiada cuando la aplica a los bodogones, asunto el más apropiado para exteriorizar la gran percepción plástica, al pulido de su espíritu gozoso y sensual.

Había empezado a ser el pintor de la miseria, iba a convertirse en el artista exteriorizador de la exuberancia del bienestar casero. Esto pareció ilógico y no es más que el desenvolvimiento de la trayectoria natural de su procedencia. Su aislamiento espiritual, primero, le hicieron comprender la íntima desolación de los desahucados de la fortuna y su triunfo la felicidad abundante y sencilla del ambiente confortador de lo cotidiano.

Por desgracia nuestra, cuando la trinitaria gama de Nonell se iba exteriorizando en poemas dignos del más exigente paladar artístico, acabó, en 1911, su carrera artística, dejándonos, como vulgarmente se dice, con la miel en la boca.

JOAQUIN BAS GICH



# ISIDRO NONELL

## EL PINTOR DE LA MISERIA Y DE LO COTIDIANO CONFORTADOR